

1.- Introducción: feminismo y contexto histórico

La primera ola del feminismo constituye el punto de partida del feminismo como reflexión filosófica y como reivindicación política. Se desarrolla aproximadamente entre finales del siglo XVIII y finales del siglo XIX, en un periodo de profundos cambios históricos caracterizado por el surgimiento de la Ilustración, las revoluciones liberales y la formulación moderna de los derechos humanos. Este contexto está marcado por la confianza en la razón, la crítica a la tradición y la defensa de la libertad y la igualdad como principios universales.

Las revoluciones americana (1776) y francesa (1789) proclamaron que todos los seres humanos nacen libres e iguales en derechos. Sin embargo, esta afirmación universal escondía una exclusión sistemática: las mujeres quedaban fuera de la ciudadanía, de la participación política y del reconocimiento pleno como sujetos racionales. Esta contradicción entre los ideales ilustrados y la realidad social es el origen del feminismo moderno.

La primera ola del feminismo no surge como un movimiento de masas, sino como una corriente intelectual crítica, impulsada por mujeres que utilizan las propias herramientas conceptuales de la Ilustración para denunciar su exclusión. Sus reivindicaciones se centran principalmente en el acceso a la educación, el reconocimiento de la igualdad moral y racional y la ampliación de los derechos civiles. En este marco destaca de manera decisiva Mary Wollstonecraft, considerada una de las primeras filósofas feministas de la historia.

Desde el punto de vista filosófico, la primera ola del feminismo plantea cuestiones fundamentales para la asignatura de Filosofía: ¿qué significa la igualdad?, ¿quién es considerado sujeto de derechos?, ¿hasta qué punto las diferencias entre hombres y mujeres son naturales o socialmente construidas? Estas preguntas atraviesan toda la obra de Wollstonecraft.

2. La situación de la mujer en el siglo XVIII

En el siglo XVIII, la situación de las mujeres en Europa se caracterizaba por una profunda desigualdad estructural que afectaba a todos los ámbitos de la vida: el jurídico, el social, el económico, el educativo y el cultural. Esta subordinación no se percibía como una injusticia, sino como un orden natural de las cosas, legitimado por la tradición, la religión y, en muchos casos, por el propio pensamiento filosófico.

Desde el punto de vista jurídico, las mujeres carecían de autonomía legal. Su identidad civil estaba supeditada a la de un varón: primero el padre y después el marido. No podían votar,

ocupar cargos públicos ni participar en la elaboración de las leyes. En muchos países no tenían derecho a administrar sus bienes ni a firmar contratos sin autorización masculina. El matrimonio suponía, en la práctica, la pérdida de la independencia legal de la mujer, que pasaba a estar bajo la autoridad del esposo.

En el plano social, el ideal femenino dominante era el de la esposa obediente y la madre abnegada. La sociedad del siglo XVIII estaba organizada en torno a una estricta división entre el ámbito público y el privado. El espacio público —la política, la economía, la cultura y la ciencia— se consideraba propio de los hombres, mientras que el espacio privado del hogar se asignaba a las mujeres. Esta división reforzaba la idea de que las mujeres no debían intervenir en los asuntos públicos ni desarrollar una vida intelectual propia.

El matrimonio era la institución central en la vida de las mujeres. Rara vez se concebía como una unión entre iguales basada en el afecto y el respeto mutuo. Con frecuencia respondía a intereses económicos o sociales y consolidaba una relación jerárquica. La mujer dependía económicamente del marido, lo que limitaba enormemente su libertad personal y su capacidad de decisión. En este contexto, la soltería femenina era socialmente mal vista y la independencia económica de una mujer resultaba excepcional.

La educación femenina reflejaba y perpetuaba esta situación de desigualdad. A diferencia de los hombres, las mujeres no recibían una formación orientada al desarrollo de la razón y del pensamiento crítico. La educación que se les ofrecía, cuando existía, se centraba en habilidades consideradas “propias de su sexo”: labores domésticas, música, dibujo, costura y normas de cortesía. El objetivo no era formar ciudadanas racionales, sino esposas agradables y obedientes.

Las disciplinas intelectuales como la filosofía, las matemáticas, las ciencias o la política se consideraban inapropiadas para las mujeres. Se sostenía que el exceso de estudio podía resultar perjudicial para su salud física y mental. Estas ideas contribuían a crear una imagen de la mujer como ser frágil, emocional e incapaz de pensamiento abstracto, lo que reforzaba los prejuicios sobre su supuesta inferioridad natural.

Esta visión no se limitaba a la mentalidad popular, sino que estaba presente en el pensamiento filosófico de la época. Incluso muchos autores ilustrados, defensores de la razón y la igualdad, mantuvieron una concepción jerárquica de los sexos. Un ejemplo especialmente significativo es Jean-Jacques Rousseau, quien defendía que la educación de las mujeres debía orientarse a complacer al hombre y a complementar su papel. Según Rousseau, la mujer no debía ser educada para sí misma, sino para los demás.

Estas ideas muestran una profunda contradicción en la Ilustración: mientras se proclamaba la igualdad y la libertad como derechos universales, se excluía a las mujeres de su aplicación práctica. La supuesta inferioridad femenina se presentaba como natural, cuando en realidad era el resultado de una organización social y educativa profundamente desigual.

Desde el punto de vista económico, las posibilidades de las mujeres eran muy limitadas. El acceso al trabajo remunerado estaba restringido a unas pocas ocupaciones mal remuneradas, como el servicio doméstico o la enseñanza elemental. Esta falta de independencia económica reforzaba su dependencia del matrimonio y dificultaba cualquier forma de emancipación personal.

En conjunto, la situación de la mujer en el siglo XVIII se caracterizaba por la negación de su autonomía como sujeto racional y moral. Esta realidad será el punto de partida de la crítica feminista ilustrada. Autoras como Mary Wollstonecraft denunciarán que la desigualdad femenina no es natural, sino el resultado de una educación y una estructura social injustas, y exigirán una aplicación coherente de los ideales ilustrados de razón, igualdad y libertad.

3. Mary Wollstonecraft: vida y contexto intelectual

Mary Wollstonecraft nació en Londres en 1759, en el seno de una familia de clase media con serios problemas económicos. Su padre, que administró de forma irresponsable la herencia familiar, ejercía además una autoridad violenta dentro del hogar. Esta experiencia temprana de inestabilidad económica y dominación masculina marcó profundamente a Wollstonecraft y contribuyó a despertar en ella una temprana conciencia crítica sobre la situación de las mujeres y su dependencia dentro de la estructura familiar.

A diferencia de la mayoría de los filósofos ilustrados, Wollstonecraft no tuvo acceso a una educación formal completa. La educación reglada estaba reservada fundamentalmente a los varones, mientras que las mujeres recibían una formación limitada y superficial. Por ello, Wollstonecraft se formó de manera autodidacta, leyendo de forma intensa obras de filosofía, literatura, historia y pedagogía. Esta formación no institucional le permitió desarrollar un pensamiento original y crítico, no condicionado por los límites académicos tradicionales.

Durante su juventud trabajó como dama de compañía, institutriz y maestra, ocupaciones habituales para las mujeres de su época que necesitaban mantenerse económicamente. Estas experiencias profesionales fueron decisivas para su pensamiento, ya que le permitieron observar

de primera mano las carencias de la educación femenina y las escasas opciones vitales a las que se enfrentaban las mujeres, incluso aquellas pertenecientes a clases acomodadas.

En la década de 1780, Wollstonecraft comenzó a dedicarse a la escritura y a la traducción, lo que le permitió integrarse en los círculos intelectuales progresistas de Londres. Entró en contacto con pensadores radicales vinculados al liberalismo y al republicanismo, y participó activamente en los debates políticos y filosóficos de su tiempo. Su obra temprana ya muestra un fuerte interés por la educación y la moral, temas centrales de la Ilustración.

El contexto histórico en el que desarrolla su pensamiento está marcado por los acontecimientos de la Revolución Francesa. Wollstonecraft defendió inicialmente la revolución como un avance hacia la libertad y la igualdad, y viajó a Francia para observar directamente el proceso revolucionario. Allí fue testigo tanto de las esperanzas emancipadoras como de las contradicciones y violencias del nuevo orden político. Esta experiencia reforzó su convicción de que la igualdad proclamada por las revoluciones debía extenderse también a las mujeres.

En este contexto escribió su obra más importante, *Vindicación de los derechos de la mujer* (1792). En ella aplica de manera rigurosa los principios ilustrados de razón, igualdad y educación universal a la situación femenina. Wollstonecraft no se limita a reclamar mejoras prácticas, sino que ofrece una fundamentación filosófica de la igualdad entre hombres y mujeres, argumentando que ambos comparten la misma capacidad racional y, por tanto, la misma dignidad moral.

Desde el punto de vista intelectual, Wollstonecraft puede considerarse una pensadora ilustrada radical. Acepta los principios básicos de la Ilustración —confianza en la razón, crítica a la tradición y defensa del progreso—, pero señala sus límites y contradicciones. Su pensamiento pone de manifiesto que la Ilustración, al excluir a las mujeres, traiciona su propia pretensión de universalidad.

La vida personal de Wollstonecraft también fue objeto de polémica. Defendió una concepción poco convencional de las relaciones afectivas y de la maternidad, lo que provocó un fuerte rechazo social tras su muerte en 1797. Durante décadas, estos aspectos biográficos eclipsaron el valor filosófico de su obra. Sin embargo, a partir del siglo XX, Wollstonecraft fue recuperada como una figura clave del feminismo y de la filosofía política moderna.

4. *Vindicación de los derechos de la mujer*: ideas fundamentales

La publicación de *A Vindication of the Rights of Woman* en 1792 marca un antes y un después en la historia del pensamiento político. Si bien existían escritos previos sobre la situación de la

mujer, la obra de Wollstonecraft es la primera que articula una crítica estructural basada en los principios del racionalismo ilustrado. La obra no es solo una defensa de las mujeres, sino un ataque frontal a la estructura de poder que mantiene la desigualdad.

La Razón como fundamento de la igualdad humana

El eje gravitatorio de toda la obra es la afirmación de que la razón es universal y no tiene sexo. Wollstonecraft utiliza la lógica de la Ilustración contra los propios ilustrados. Argumenta que, si Dios (o la Naturaleza) ha dotado a los seres humanos de razón para que alcancen la virtud y la felicidad, es una blasfemia racional sugerir que la mitad de la especie está excluida de este proceso.

Mary sostiene que el fin último de todo ser humano es el perfeccionamiento de su propia mente. Al negar a las mujeres el acceso al conocimiento, los hombres no solo las están oprimiendo, sino que están deteniendo el progreso de la civilización. Para ella, una mujer que no razona no puede ser una persona moral, ya que la moralidad requiere la capacidad de elegir libremente entre el bien y el mal basándose en principios racionales, no en la obediencia ciega.

La demolición del modelo de "Sofía": El ataque a Rousseau

Uno de los bloques más extensos y feroces de la obra es la refutación del modelo educativo de Jean-Jacques Rousseau. En su obra *Emilio*, Rousseau diseñó a Sofía como la compañera ideal: débil, sumisa, astuta y educada exclusivamente para agradar al hombre. Wollstonecraft califica esta visión de "insulto a la humanidad".

Argumenta que criar a las mujeres bajo este modelo las convierte en "animales gentiles" u objetos decorativos que, una vez pasada la juventud y la belleza, quedan vacíos y amargados. Mary propone que el objetivo de la educación no debe ser la seducción, sino la autonomía. Si una mujer es educada para ser una compañera racional y no una esclava de las pasiones, el matrimonio se fortalecerá, pues pasará de ser una jerarquía de poder a una "amistad racional".

La educación como reforma de Estado: El plan de coeducación

Wollstonecraft no se queda en la teoría; propone soluciones prácticas. Es una de las primeras voces en exigir un sistema nacional de educación pública y gratuita.

- La Coeducación: Defiende que niños y niñas deben ser educados juntos en las mismas aulas. Sostiene que el aislamiento de los sexos genera una "galantería" falsa y prejuicios que luego se traducen en opresión doméstica. Al estudiar juntos, los varones aprenderían a ver a las mujeres como iguales intelectuales y no como presas o juguetes.

- Currículo Integral: Propone que las mujeres estudien botánica, medicina, política e historia. Su objetivo es que las mujeres puedan ejercer profesiones. Wollstonecraft afirma proféticamente que las mujeres podrían ser médicos o gestionar negocios si se les permitiera desarrollar su potencial. Esta independencia económica es, para ella, la base de la libertad política.

La crítica a la "Aristocracia del Sexo" y la tiranía doméstica

Mary establece un paralelismo brillante entre la estructura del Estado y la estructura de la familia. Al igual que los revolucionarios atacaban el derecho divino de los reyes, Mary ataca el derecho divino de los maridos. Utiliza el término "tiranía doméstica" para explicar que el hogar es el primer lugar donde se aprende el despotismo. Si un niño ve que su padre ejerce un poder arbitrario sobre su madre, crecerá creyendo que la fuerza es legítima sobre la razón. Por tanto, para que una democracia funcione, el hogar debe ser el primer espacio de igualdad. Mary sostiene que las mujeres deben ser ciudadanas y que, para ello, deben poseer derechos legales propios, incluyendo la propiedad y la representación política, sugiriendo de forma incipiente la necesidad del sufragio.

La Maternidad Republicana: Un deber racional

Un aspecto que suele malinterpretarse es la visión de Wollstonecraft sobre la maternidad. Ella no la rechaza, sino que la eleva. Argumenta que una mujer ignorante y frívola no puede ser una buena madre; solo una mujer que entiende sus deberes civiles y posee una mente cultivada puede criar a ciudadanos libres y virtuosos. Este concepto, conocido como "Maternidad Republicana", fue una estrategia retórica muy inteligente: Mary convenció a sus contemporáneos de que dar derechos a las mujeres era beneficioso para el Estado y para los hijos, transformando una demanda de libertad personal en una cuestión de utilidad social.

La virtud y la independencia emocional

Wollstonecraft realiza un análisis psicológico profundo sobre cómo la opresión afecta el carácter. Denuncia que la falta de libertad empuja a las mujeres a la manipulación, el chisme y la tiranía sobre sus sirvientes o hijos. Su ideal es la mujer que tiene "poder sobre sí misma". Este concepto de soberanía individual es la aportación más duradera de la obra. Mary defiende que la mujer no debe vivir a través de los ojos del hombre, ni buscar su identidad en el matrimonio, sino en el desarrollo de su propia excelencia humana. La virtud femenina, por tanto, deja de ser sinónimo de castidad u obediencia para convertirse en sinónimo de integridad racional.